



de Tuthmés III; le presenta á Ammon, y exclama:

«He gozado de alegría al ver tu belleza, hijo mio vengador... Te he dado la victoria y poderío sobre todos los países... He hecho que sea aclamada por todas partes tu majestad victoriosa. El Oriente y el Occidente están al pié de tu trono; tú has recorrido toda la tierra; has surcado el gran Océano para ir á Naharaína, y despues que has dado tus órdenes, de mí recibidas, les has hecho oír los gritos y clamores de la victoria.»

La Asiria está humillada y abatida; ese es el justo castigo de sus delicias y de su decadencia: bien empleado la está caer ahora bajo la dominacion de «aquellos guerreros de negro semblante, dura cabeza,» ante la cual han tenido que humillarse los indignos sucesores de Nemrod, de Nino y de Semiramis. Sin embargo, es necesario advertir, que el conquistador egipcio se apodera de las ciudades, las impone grandes tributos, exige la sumision, pero no destruye los tronos nacionales; se contenta con llevar á Egipto, á título de rehenes, los parientes de los reyes, segun vemos por esta inscripcion: «Nos llevan en rehenes al Egipto á los hijos de los reyes y á sus hermanos, bajo la condicion de que si muere algun rey, Su Santidad coloque á su hijo ó hermano en el trono de su predecesor (1).»

Este rasgo es comun á la mayor parte de las invasiones del Oriente; pero el último extremo del convenio hecho con los vencidos, es una prueba histórica muy digna de consideracion.

Despues del Asia Central, Tuthmés vuelve á someter la Nubia y la Nigricia; despues vuelve á la Mesopotamia, y erigió un monumento; que recuerda el «engrandecimiento que dió á las fronteras del Egipto.» La presencia del vencedor era á menudo necesaria para traer á la obediencia á los pueblos, que se empeñan en sustraerse luego que él marchaba. En sus últimos años, la fama y las armas de Faraon le valie-

mente por M. Mariette en Karnak; véase el artículo citado con frecuencia de M. Ernesto Desjardins.

(1) Brugsch, *loc. cit.*

ron la sumision de los fenicios, *Zahh*, y hasta la de los armenios, *Armenen*.

Segun costumbre invariable, los gigantes- cos trabajos corrian parejas con las largas expediciones. La guerra suministraba cautivos, que el rey destinaba á levantar templos y palacios; la crueldad que da la victoria, constituia en el interior un despotismo inhumano. Memphis, Tebas, Heliópolis, se enriquecen con los maravillosos palacios que edifican millares de cautivos (1), á quienes el odio de los viejos egipcios iguala á los hijos de Israel.

En efecto: Tuthmés es probablemente aquel «nuevo rey» que no habia conocido José. Habia encontrado en Delta los restos de algunas de aquellas tribus pastoriles é indisciplinadas que escaparon á la presencia de Aahmés. Quizás se habian reunido tambien á la liga de los príncipes sirios, aumentando la animosidad que les producía el antiguo Egipto. A su lado vivian los hebreos, que habian permanecido indiferentes á aquellas luchas; pero que los egipcios envuelven en su antipatía comun contra todos los nómadas.

Pesaba sobre ellos el yugo desde la expulsion de los *hiksos*. Con Tuthmés comienzan las persecuciones. Los Faraones egipcios, enseñados por la experiencia, quisieron hacer entrar á todas las tribus extranjeras en el pueblo egipcio; pensaron reducirles con un trabajo constante y pesado á las costumbres agrícolas y urbanas, hacerles perder su inclinacion á la vida contemplativa, y quitarles hasta el recuerdo de la libertad del desierto. Para ellos, los hijos de Jacob son bárbaros; les obligan á hacer los trabajos más rudos y penosos.

Esto no bastaba. La ingratitud y la tiranía se unirán á la crueldad. Tuthmés ó alguno de sus sucesores, asustado por la fecundidad con que la Providencia habia dotado á su pueblo, ordena el asesinato para los hijos varones; Moisés, Moisés el libertado de las aguas, Moisés el libertador, escapa de aquella horrorosa heca-

(1) Un cuadro reproducido por M. Brugsch, presenta á los cautivos edificando el templo de Ammon en Tebas; es el comentario de los versículos de la Biblia que cuentan los trabajos impuestos á los hebreos.



tombe; es recogido por la hija misma de Faraon, y precisamente en la córte de los verdugos es donde se educa el vengador de las víctimas (1).

La sávia que habia animado á la décima octava dinastía, comienza á agotarse despues de Tuthmés III. *Amen-Hotep II* y *Tuthmés IV*, que le suceden, apenas pueden ya contener á los pueblos conquistados. *Amen-Hotep* se ve obligado á pasar á la Mesopotamia y someter de nuevo la ciudad fuerte de *Nenu*, que no es sino Ninive, y Tuthmés va á hacer la guerra á los negros.

Amen-Hotep III conserva las fronteras del imperio y recibe los tributos de todas las naciones ya conocidas. Sin embargo, hace la guerra, más bien por el botín que por la gloria. El es, segun se cree, el que habria erigido en su honor la famosa estatua que la antigüedad tanto ha celebrado con el nombre de coloso de Memnon, y cuya piedra producía á los primeros rayos del sol un ruido armonioso, que se le consideraba como un homenaje del rey á Dios su protector (2). De su tiempo data

(1) Adoptamos aquí, no sin algun recelo, la opinion emitida por M. Robiou. Las considerables razones que da el sábio profesor, son combatidas, no lo dudamos, por otros argumentos, que nosotros no nos determinamos á consignar. El ilustre Champollion creía que el «nuevo rey» era el jefe de la décima octava dinastía; este seria, segun nosotros tambien nos inclinamos á creer, *Amen-Hotep* ó *Tuthmés*. Añade que «la cautividad duró tanto como la décima octava dinastía,» y esto nos llevaría á los últimos príncipes de esta dinastía y á la época anterior á *Rhamsés II*. En efecto: Champollion añade, que la libertad de los hebreos data del siglo XV, y dice: «Esto sucedió cuando *Sesostris* era niño (*Rahmsés II*), que sucedió á su padre é hizo sus conquistas en Asia, mientras que *Moisés* é Israel anduvieron errantes en el desierto por espacio de cuarenta años. Por esto no hablan los libros santos de este conquistador (*Lettre à Mgr. Testa*, 29 de Mayo de 1827). A esta opinion nos adherimos nosotros. Sin embargo, debemos decir que *M. Brugsch* y *M. Desjardins*, de acuerdo con *M. Mariette*, hacen retrasar el Exodo hasta el tiempo del sucesor de *Rahmsés V*, al fin de la dinastía de la cual *Rahmsés II* fué su más glorioso representante. Más adelante haremos las consideraciones más oportunas que militan en favor de esta última opinion. Para nosotros, la cuestion de tanta controversia no nos parece resuelta suficientemente para que podamos concretar en un sentido ú otro.

(2) «Este ruido era producido por el estremeci-

tambien el más antiguo *Apis*, que fué hallado en el Serapeum de Sakkarah.

Viene despues una extraña época de luchas religiosas y decaimiento político. Estalla, no se sabe bajo qué inspiraciones, una gran persecucion contra el culto de Ammon y contra sus sacerdotes. ¿Es acaso una reaccion del monoteísmo ó del sabeísmo? El dios *Aten*, dios único, representado por el sol, é identificado con *Rha*, es sustituido á las otras divinidades. Los títulos de estas son proscritos, martillados sobre los monumentos, borrados hasta de los nombres reales en la composicion en que figuran (1). El rey autor de esta reforma, se llama: *Khaen-Aten-Rha*, «esplendor del disco solar».

Todo el Egipto, de grado ó por fuerza, se sometió al culto nuevo ó restaurado; los palacios, que son, por otra parte, de una rara magnificencia, representan la córte y la familia de los soberanos adorando al sol bajo la forma de un disco radiante, cuyos rayos terminan por manos abiertas, símbolo de los beneficios. Himnos poéticos acompañados por el arpa, celebran á este dios, diciéndole: «¡Gloria á tí (señor de los ejércitos), criador de las noches, hacedor de los dias, contador de las horas!... (2)» «Los cuadrúpedos, abandonando su origen, marchan sobre sus piés, sus alas se extienden girando al resplandor del disco solar (3).» ¿Cuál es el origen de esta reaccion? ¿No es necesario buscar en alguna invasion asiática, que justificaria á la vez su violencia efímera, su carácter

miento de la piedra que forma este coloso, cuando los primeros rayos del sol la herian, impregnada como estaba del rocío de la noche, que penetraba por sus hendiduras ó poros. Es un fenómeno fisico bien probado; fué explicado en una sábia Memoria de *M. Le-tronne*.... Cesó cuando la estatua fué reparada y puesta en la disposicion que hoy está. Todavía existe en Tebas.» *M. Robiou, op. cit.*

(1) Así, el nombre de los *Amen-Hotep* fué destruido á causa del nombre de *Amen* ó *Ammon* que allí se encontraba. *Brugsch, op. cit.*

Júzguese la confusion que produciria en las listas esta proscriccion.

(2) Canto de una niña sacerdotisa ó cantatriz, llamada *Senuru*, citada en *Brugsch*.

(3) Himno recogido por *Brugsch* en las inscripciones de las tumbas de *Tel-el-Amarna*.



extraño al Egipto y los singulares tipos de sus autores (1)?

Como quiera que sea, esta denominacion duró poco. La familia de *Ku-en-Aten-Rha*, ó de *Aten-Rha-Baksen* (2), desaparece en medio de las rebeliones y usurpaciones. Viene en su lugar *Hor* ú *Horo*, á quien disputa la autoridad uno de sus hermanos, *Amontunk*, señor de la Nubia; la Delta no le pertenece, y es digno de observarse que esta sea precisamente la comarca ocupada por los hijos de Israel, que no dominó. Todo es desórden en derredor suyo; momentos hubo en que aparece como vencedor de la Etiopía, vuelve de nuevo guiado «por los jefes del país *Kusch*;» pero despues no se sabe qué es de él.

Este desórden singular é inexplicable, es el que mueve á colocar el Exodo en tiempo de este Faraon.

(1) El rey, los mismos de su familia, los grandes funcionarios, los guerreros, tienen sobre los monumentos, dice M. Brugsch, todo el aspecto de una raza extranjera.

(2) Es el nombre que le da M. Mariette.

La opresion era intolerable. Los hebreos, que habian edificado las ciudades de *Rhamsés* y de *Pithom* sobre las colinas hechas con sus esfuerzos, dan gracias al Señor por haberles sacado de la esclavitud. Dios les ha oido, y Moisés con sus milagros les libra, les abre paso á través del mar Rojo, que sumerge al Faraon enemigo suyo. Hor desaparece en las olas vengadoras del mar Rojo, dejando á su país preso de la anarquía.

Por todas partes se levantan pretendientes á la autoridad real; se ve con este motivo un crecido número de ambiciones, que un dia aparecen arrogantes y otro desaparecen hundiéndose en la humillacion. Manifiestamente reina mucha confusion, como despues de las grandes catástrofes.

Hor no dejó herederos: su hija, casada con un sacerdote real, segun se dice, es la que ha de dar origen al jefe de la dinastía de Rhamsés, y ha de inaugurar para el Egipto una era de esplendor y de magnificencia.

CAPITULO IX

La Fenicia.—Topografía.—Orígenes.—Antigüedades fenicias.—Tiempos históricos.—Invasion en el Egipto.—Comercio y colonias.—Religion.—Los Cabires.—Culto y sacrificios.—Tradiciones cosmogónicas.—Instituciones

La Fenicia es, por decirlo así, el lazo de union entre el mundo Oriental y el Occidental en la antigüedad. Poblada en época muy remota por una raza singularmente laboriosa é intrépida, colocada en los confines de ese mar interior, del Mediterráneo, que une, separándolas, al Asia, á la Europa y al Africa, la Fenicia sirvió á la vez de centro y de vehículo á las doctrinas religiosas, á los progresos de la civilizacion, á los descubrimientos de la industria y á las relaciones comerciales entre los tres continentes. Fué el paso de las primitivas emigraciones, y se constituyó por sí misma en el agente más activo y más opulento del tráfico internacional. Los fenicios eran por excelencia el pueblo mercader y colonizador de las antiguas edades, y desde los más remotos tiempos, ellos aceptan y manifiestan esta mision.

¿Cuáles fueron los primitivos habitantes de la Fenicia, no comprendiendo en esta denominacion más que la estrecha zona que guarnece el litoral, y que toca de un lado al Egipto, del otro al Asia Menor, y que está limitada por la cadena del Libano y del Anti-Libano?

Nuestros libros santos lo dicen y los monumentos históricos lo comprueban: las tribus fenicias, como las tribus palestinas, eran de la raza de Cam. Las segundas descendian de Canaan, y las primeras del hijo de Mezraim, hermano de Canaan; estas son una rama de la familia egipcia, con la cual, por lo demás, tienen relaciones considerables de semejanza física, moral y religiosa. Naturalmente, tambien descubren poderosas analogías con los primeros caldeos, con los representantes del gran imperio cusita, cuyo fundador y héroe fué Nemrod.

Esto no impide que en Fenicia, como en Asiria, se encuentre tambien por una série de viajes pacíficos ó armados, cierta mezcla de elementos semíticos. Allí tambien las tiendas de Cam, el maldito, estaban abiertas para recibir las leyes de los hijos de Sem, el bendito. Jafet, más tarde, ocupará allí su lugar.

Como quiera que sea, la Fenicia en el principio es realmente el país de Canaan, como dice la Biblia, y si «los límites de Canaan fueran desde la comarca que hay viniendo de Sidon á Gerara, hasta Gaza y hasta que se entra en Sodoma, en Gomorra, en Adama, en Seboim, hasta Lesa (1),» lo restante del litoral, el «país bajo (2),» la Fenicia propiamente dicha, pertenecia tambien á la raza camítica.

La «gran ciudad» de Sidon, *Tsidon rabbar*, pasa por haber recibido su nombre de un hijo de Mezraim, *Sidon*. En cuanto á Tiro, lleva esta ciudad un título arameo (3); esto es, «roca» sobre la cual se fundó el culto de Baal, el Belo de Caldea (4). En fin, los solimes, esa poblacion «ilustre,» que se conocia en los tiempos homéricos; los solimes, que tambien adora-

(1) Gén., X, 19.

(2) *Cana* quiere decir *bajo*, esto es, lo contrario de *Aram*, *elevado*. La Fenicia seria, pues, segun el doctor Hoefler, el «país bajo,» en oposicion á la Siria, el «país alto,» el *Aram* de los judíos y de los antiguos Canaan se traduciria bien por *Neerlanda*. En cuanto al nombre de Fenicia, se le hace derivar de la palabra *Foinia*, que quiere decir *palmera*; la palmera es el emblema de Tiro, y erege en mucha abundancia cerca de esta ciudad. (Véase la Fenicia, en *El Universo*, publicado por MM. Didot.)

(3) Tiro, *Sur* ó *Tur*, quiere decir *roca* en caldeo.

(4) La presencia de este elemento caldeo es sin duda el que ha inducido á muchos eruditos á unir á